

El jefe de la Iglesia, por cuya libertad pedian fervorosamente al Señor los files todos, fué puesto en libertad por un ángel. Partió de Jerusalem inmediatamente; y la muerte repentina de Agripa, que fué ocasion de hacerse provincia romana la Judea, puso fin á la persecucion. Durante estos sucesos, los Apóstoles todos se habian separado ya para ir predicando el Evangelio por todo el universo. Antes de separarse compusieron un resumen muy conciso y sustancial de la doctrina cristiana, al cual se dió despues el título de *Símbolo*, vocablo tomado de la disciplina militar de las legiones romanas, porque muy parecido á lo que llamamos *santo*, *seña* ó *contraseña*, que llamaban *símbolo* los Romanos, servia muy oportunamente para distinguir los cristianos de los paganos, infieles y herejes. El símbolo aseguraba la unidad de doctrina, al modo que la primacia de san Pedro garantizaba la unidad de gobierno. La historia de la mayor parte de los Apóstoles despues de su dispersion está envuelta en tinieblas casi impenetrables: porque san Lucas solo relata, despues de lo que llevamos dicho, los actos de san Pablo; y exceptuando san Pedro, Santiago y san Juan, acerca de los cuales existen algunas noticias harto precisas y exactas, hay que atenernos respecto de los demás á escasos indicios, por lo comun inciertos. San Matías fué á predicar á la Cólchida; san Judas á la Mesopotamia; san Simon á la Libia; san Mateo, despues de haber escrito su Evangelio á petición de los fieles de la Judea, se fué á la Etiopia; san Bartolomé se fué á la Armenia mayor; santo Tomás á los Partos y hasta las Indias mismas; san Felipe, despues de haber evangelizado en el Asia, murió en Hierápolis en la Frigia; san Andrés fué enviado á la Escitia, de donde pasó á la Grecia y al Epiro; Jacobo, hijo de Alfeo, se quedó en Jerusalem, donde se habia establecido obispo;

Santiago el mayor vino á predicar á España, donde permaneció pocos años y dejó siete discípulos: Cecilio, Torcuato, Segundo, Eufasio, Indalecio, Hesiquio y Clesifonte, cada uno primer obispo y mártir de las primeras siete ciudades que recibieron la fe cristiana. El cuerpo de Santiago, milagrosamente arribado á Compostela hácia el año 37 de Cristo, se venera en su sepulcro, atestiguando su autenticidad innumerables milagros.

(Nota del Traductor.)

y san Juan predicó en el Asia menor (1). Segun la opinion mas probable, la santísima Virgen no siguió á san Juan en sus viajes apostólicos: y una tradicion antigua y muy esparcida en el Oriente cuenta que murió en Jerusalem. La Iglesia cree que María santísima resucitó poco despues de su muerte, y que fué llevada en cuerpo y alma á los cielos por una gloriosa asuncion. Murió la santísima Virgen, segun toda probabilidad, en Jerusalem el año 45 ó el 47, el 15 de agosto, como lo prueba la antiquísima fiesta de la Asuncion, que se celebra desde los tiempos primitivos en todas las iglesias de la cristiandad. Sin ser un dogma de fe esta Asuncion, como no lo era tampoco el de la inmaculada Concepcion hasta el 8 de diciembre de 1854, en que se declaró, seria una temeridad herética é impía el no creer la asuncion en cuerpo y alma de la Virgen, segun lo creen y practican y celebran todas las iglesias de Oriente y Occidente, aun las cismáticas y separadas.

San Pedro habia principiado por fijar su silla en Antioquia, de la cual fué el primer obispo; permaneció allí siete años, y la dejó para ir á establecer en Roma la morada de los vicarios de Cristo en la tierra. Han quedado tan grabados estos dos pontificados de san Pedro en la memoria de los fieles, que desde los primeros siglos se han instituido dos fiestas solemnes en su conmemoracion. Mientras la fundacion de estas dos sillas ó cátedras, el santo apóstol predicó el Evangelio en el Ponto, Galacia, Bitinia, Capadocia y Asia menor, seguido de Marcos, Pancracio, Marciano, Rufo y Apolinar, obispos despues de Alejandría, Siracusa, Capua, etc. San Pedro envió en el entretanto á san Marcos, su discípulo, para fundar la iglesia de Alejandría; recibiendo así la fe cristiana de san Pedro, por la mediacion de Marcos, la capital del Egipto, como la recibió directamente del mismo Pedro Roma, capital del Occidente, y

(1) Véase la nota anterior. Muchos sabios escritores españoles y extranjeros presentan pruebas irrefragables de la venida á España y predicacion en ella del apóstol Santiago el mayor: segun otra tradicion no menos respetable, la santísima Virgen vino en carne mortal á Zaragoza á consolar y animar á su primo y sobrino Santiago; de lo cual hay diplomas y documentos auténticos. (Nota del Traductor.)

Antioquía, capital del Oriente. Antes de separarse de su maestro, san Marcos escribió su Evangelio á petición de los fieles de Roma, que deseaban conservar la memoria de las predicaciones del príncipe de los Apóstoles.

7. Al propio tiempo recibía el apóstol Pablo en Antioquía la consagración de su apostolado, y á esta consagración alude cuando dice que no ha sido hecho apóstol por los hombres sino por la gracia de Cristo. Tomando entonces consigo á Bernabé y Juan Marcos, se fueron juntos á su primera misión: predicaron el Evangelio en Salamina, capital de Chipre, dirigiéndose desde luego á las sinagogas, á las que les daba fácil acceso su origen judío. Llamado á Pafos por el procónsul Sergio Paulo, Pablo castigó con dejarlo ciego al impostor Elimas (Bar-Jesu), que se hallaba en esta ciudad, y ganó al procónsul á la fe de Cristo. Desde Pafos se volvieron los varones apostólicos al continente asiático, y de Perga en Panfilia, en donde los dejó Juan Marcos, ellos se fueron á Antioquía de Pisidia. En esta ciudad y en Iconio su predicación convirtió al Evangelio muchedumbre de judíos y paganos. Entre los nuevos discípulos de Iconio se hallaba una joven doncella, santa Tecla, cuya memoria ha celebrado la antigüedad cristiana, y ha colocado su nombre al lado de san Estéban, porque la primera entre las mujeres ha tenido la gloria de padecer el martirio por el nombre de Cristo. Traída esta virgen ante los jueces paganos, que querían hacerle renunciar la fe, resistió valerosamente á los tormentos y fué expuesta por orden suya á la voracidad de las fieras en el anfiteatro. Mas los leones vinieron á echarse á sus piés respetando su cuerpo virginal: el pueblo, en vista de esto, pidió que se le diese libertad y se le dejara terminar sus días en paz; lo que así se verificó, aunque la Iglesia le da el título de mártir, por habérselo dado así toda la antigüedad segun la costumbre de los primeros siglos de la Iglesia, que otorgaba el nombre de mártir á cuantos habían pasado por tormentos mortales de sí, por el Evangelio, aun cuando hubieran sobrevivido á ellos milagrosamente. En Listria, una palabra de san Pablo volvió públicamente el uso de sus miembros á un tullido; los

dos apóstoles fueron desde luego creídos dos dioses por el pueblo, y se les quería ofrecer sacrificios como á Júpiter y á Mercurio: pero este mismo pueblo, mudando de improviso sus disposiciones por las calumnias y dicterios de los Judíos, persiguió á Pablo á pedradas, y lo llevó á rastra fuera de la ciudad. Le creyeron muerto, pero Dios le reservaba para otros combates y triunfos. Los apóstoles partieron al día siguiente para Derbe y la evangelizaron: visitando de nuevo Listria, Antioquía de Pisidia é Iconio, instituyeron pastores en esas iglesias nacientes y se volvieron á Antioquía de Siria, concluyendo así su primera misión.

8. Llamado de un modo tan extraordinario al apostolado, san Pablo había recibido inmediatamente de Dios las luces necesarias para su misión: pero por dar á su doctrina y disciplina la sanción exterior de la verdad, esto es, la sanción de una perfecta concordia con la doctrina y conducta de los demás Apóstoles, movido de superior inspiración, partió para Jerusalem (segunda vez despues de su conversión), acompañado de Bernabé y de Tito, á quienes había traído á la luz del Evangelio. Encontró allí á san Pedro que venía de un viaje, á Jacobo de Alfeo y á Juan. Desde esta época se principió á agitar entre ellos la cuestión de la obligación absoluta de la ley mosaica, de una grande importancia para los progresos de la cristiandad. Nada costaba tanto á los Judíos, especialmente á los que moraban en Jerusalem, á presencia del templo y en medio de sacrificios perennemente usados, como despojarse de la idea de que la exacta observancia de la ley era el único medio de salvación y de justificación. Así es que no podían concebir sino muy dificultosamente el que bastase á los paganos convertidos la fe en Jesucristo para quedar justificados, sin tener necesidad de someterse á la circuncisión y demás ceremonias legales: por lo cual se rehusaban á comunicar con ellos mientras no cumpliesen con estas prescripciones. Opúsose san Pablo enérgicamente á esta resistencia: los tres apóstoles Pedro, Juan y Jacobo tenían la misma doctrina; Pablo y Bernabé les reconocieron como sus verdaderos cólegas, y se decidió de consuno

que estos dos, Pablo y Bernabé, continuarían predicando especialmente á los paganos, en tanto que ellos continuarían evangelizando á los Judíos. A poco tiempo de la vuelta de Pablo y Bernabé á Antioquía, se fué también Pedro á la misma ciudad, y no tuvo escrúpulo alguno en comer con fieles incircuncisos hasta la llegada de algunos Judíos cristianos, enviados de la Judea por Jacobo. Temiendo escandalizar á estos austeros celadores de la ley, que miraban como impuros los incircuncisos y sus manjares, san Pedro se separó de la mesa de los paganos convertidos. La agitación que resultó de este incidente en la iglesia de Antioquía dió á conocer la necesidad de una suprema decisión de parte del apostolado reunido en Jerusalem. Fueron enviados allí como diputados Pablo y Bernabé: los cinco apóstoles Pedro, Jacobo, Juan, Pablo y Bernabé formaron con los sacerdotes y fieles de Jerusalem el primer concilio, conocido bajo el título de concilio de Jerusalem. San Pedro, en calidad de cabeza de la Iglesia, tomó la palabra el primero. Probó que Dios no ponía ya diferencia ninguna entre Gentiles y Judíos, por la vocación á la fe: la Iglesia de Cristo era la montaña profética de Isaías, á donde habían de ir á reunirse todas las naciones de la tierra en la unidad de la fe. Pablo y Jacobo hablaron en el mismo sentido, y la asamblea redujo las obligaciones de los paganos convertidos á las siguientes: 1ª. Abstenerse de manjares ofrecidos en sacrificio; 2ª. de la carne de animales ahogados y de su sangre; 3ª. de la fornicación. La prohibición de tomar parte en las comidas de los sacrificios era necesaria para preservar á los nuevos cristianos de la recaída en el paganismo. En cuanto á la fornicación, estaba tan depravado y aun muerto el sentido moral entre los paganos, que la miraban como cosa indiferente, é importaba mucho que la pureza de costumbres fuese un signo característico de la nueva ley. La prohibición de carnes sofocadas estaba aun mantenida por la Iglesia, atenta desde entonces mismo á la salud de sus hijos. La de la sangre tenía motivos mas elevados. La sangre en los sacrificios era la principal ofrenda reservada al Señor. Mientras que aun se continuaban los sacrificios en el templo de Jerusa-

len, era muy natural el que los cristianos respetasen esta prescripción. En la mente de los Judíos, la abstinencia de la sangre era un precepto divino, obligatorio á todos los hombres: era menester pues, á fin de disminuir su repugnancia contra toda especie de comercio con los Gentiles, imponer momentáneamente las mismas prohibiciones á la generalidad de los cristianos. La decisión del concilio, precedida de esta magnífica y significativa expresión: *Ha parecido bien al Espíritu Santo y á Nos.....* fué notificada á las iglesias de Siria y Cilicia: Pablo y Bernabé se volvieron á Antioquía, en tanto que Pedro tomaba el camino de Roma.

Poco tiempo despues comenzó san Pablo su mision segunda acompañado, por esta vez, de Silas solamente, por haberse separado Bernabé de él, porque Pablo no habia querido traer consigo á Juan Marcos. Estos dos últimos se embarcaron para la isla de Chipre, Pablo y Silas se partieron para el Asia menor; y la Providencia habia permitido esta separación para que el Evangelio fuese predicado en mayor número de ciudades á la vez (año 53). San Pablo visitó desde luego las iglesias de la Siria septentrional, de la Cilicia y de Licaonia. En Listria se asoció al jóven Timoteo, hijo de padre griego y de madre judía hecha cristiana. Timoteo, conformándose al deseo de san Pablo, se hizo circuncidar por tener mas fácil entrada con los Judíos. Los tres heraldos de la fe fueron recorriendo despues la Frigia, Galacia y Misia. En la Tróade vino á juntarse con ellos el médico y evangelista san Lucas. Tuvo san Pablo una vision en que se le amonestó que dejando el Asia se trasladase á Macedonia, y en Filipos se convirtió con toda su casa una comercianta en púrpura, llamada Lidia. En esta misma ciudad la cura milagrosa de un esclavo, poseido del demonio, fué causa de que por orden del gobernador romano, á Pablo y Silas, despues de ser castigados con varas, se les metió en la cárcel como seductores del pueblo y como predicadores de un culto nuevo no autorizado. La constancia alegre de los apóstoles y el milagro que les abrió las puertas de su prisión durante la noche, admiraron de tal modo al alcaide que, habiénd-

dose hecho enseñar por san Pablo, creyó en Jesucristo y recibió el bautismo con toda su familia. La autoridad de la ciudad, medrosa de la precipitación con que había maltratado ilegalmente á un ciudadano romano, como lo era por nacimiento san Pablo, puso en libertad con mucho miramiento á ambos presos, suplicándoles empero que se retirasen; pero mientras tanto ya se habían echado los cimientos de una iglesia en Filipos. Los Apóstoles se detuvieron algo más en Tesalónica, ciudad populosa, donde había una sinagoga, y formaron con los Judíos creyentes una iglesia que fué una de las más florecientes. Sin embargo los Judíos no creyentes habiendo tratado, con una queja calumniosa, de sacar de las autoridades paganas una condenación de los santos misioneros, se fueron estos en la misma noche á Beróe, ciudad vecina, en cuyos habitantes judíos se prometían apoyo y simpatía. Pero los Judíos de Tesalónica les perseguían en su último asilo, por lo cual Pablo dejó allí á Silas y Timoteo, partiendo solo él para Atenas. Esta ciudad, centro de la civilización, artes y ciencias, despojada á la sazón de su importancia política y reducida á ser vasalla de Roma, producía aun ingenios grandes. Los futuros cónsules y Césares venían á aprender en ella á pensar bien y á hablar correctamente. Por do quiera se estrellaba la vista con estatuas y templos levantados en honor de los dioses, pompas sagradas y sacrificios sangrientos. Un altar sin nombre, levantado á honra *del Dios desconocido* en esta capital del politeísmo, ministró al Apóstol feliz materia de comenzar su predicación. Llevado por los estóicos y epicúreos al Areopago, tribunal supremo en materias religiosas, san Pablo anuncia á la faz de un auditorio atónito al Dios único, todopoderoso, *en quien vivimos, nos movemos y existimos*, el cual juzgará al mundo por medio del que resucitó de entre los muertos. Unos responden con sarcasmo y burla; otros le dicen que le oirán más tarde otra vez; algunos pocos creen en Jesucristo, entre los cuales Dionisio, miembro del Areopago, y una humilde mujer llamada Damaris. Desde Atenas se fué Pablo á la capital de la Acaya, la voluptuosa Corinto, en donde se alojó en casa de un judío convertido, lla-

mado Aquila, fabricando con sus propias manos tiendas para viviendas, y predicando en las sinagogas. Pero, como en otras partes, la mayoría de los Judíos llevó tan mal la predicación del Apóstol, que no tardó en volverse á predicar á los Griegos con mayor éxito. Fómase en efecto en poco tiempo una comunidad de creyentes de que formó parte Crispo, presidente de la sinagoga, y que durante año y medio que estuvo bajo la dirección del Apóstol, vino á ser una de las más numerosas y edificantes. Los Judíos irritados presentaron una queja al procónsul Gallio, hermano del célebre filósofo A. Séneca; no la recibió diciendo que no quería meterse en querrelas religiosas judaicas. Mientras esto acontecía, Silas y Timoteo, de vuelta de la Macedonia, habían traído á san Pablo noticias consolatorias acerca del estado de las iglesias de aquella comarca, y esta fué ocasión de escribir las dos epístolas á los Tesalonicenses. El Apóstol regresó á Siria, y deteniéndose un poco en Jerusalem, volvió á Antioquía, habiendo terminado así su segunda misión (año 56).

10. Muy luego principió la tercera con ir al Asia menor: detúvose tres años en Éfeso, predicando el Evangelio á sus habitantes y á los numerosos forasteros atraídos á esta ciudad opulenta por sus relaciones comerciales y por la magnificencia del templo de Diana, una de las maravillas del mundo. Allí se levantó por primera vez la sospecha de que el reino de Cristo amenazaba de muerte el culto omnipotente de los ídolos, y que la gran Diana de los Efesios iba á caer en polvo ante el Crucificado. Un motin, levantado por el platero Demetrio, puso en riesgo la vida del Apóstol, de que se vió libre por intervención del magistrado. Durante su mansión en Éfeso san Pablo escribió á los cristianos de Galacia, para preservarlos contra las malas doctrinas de los falsos doctores judaizantes, que predicaban la obligación absoluta de la ley mosaica. En esta ocasión envió el Apóstol con Tito su primera epístola á los Corintios, cuya iglesia amenazaba una escisión por divisiones intestinas. Deseando mucho volver á ver á los fieles de Filipos, Tesalónica y Beróe, se fué en el año siguiente por la Tróada á Macedonia,